

Recordando a Juan Bautista*

Antonieta Ramírez de Ferro

Agradezco infinitamente las palabras de homenaje y reconocimiento a la calidad del quehacer intelectual de mi esposo y quiero resaltar brevemente algunas remembranzas de los buenos tiempos y del Juan Bautista que yo conocí.

Conocí a Juan Bautista en 1966 cuando yo era estudiante de primer año y él profesor auxiliar de nuestra Facultad. Sin duda era el profesor más popular entre sus alumnos, y estaba empeñado en presentar su tesis de doctor. Esa fue justamente la primera ocasión en que recibí una invitación suya. No he visto un graduando que gozara tanto rebatiendo las acotaciones del jurado, como tampoco he visto un profesor que se dedicara con tanta pasión a la enseñanza.

Creo sinceramente que yo me enamoré de esa pasión que él ponía en la docencia porque era ésta una pasión que rebasaba las aulas y que lo llevaba a seguir dando cátedra en la más trivial de las conversaciones. Y es que él poseía el extraordinario don de transfigurar la realidad a través de sus palabras.

Tan vibrante y vital como era, no sólo las noticias sino también las películas, las obras de teatro y hasta los espectáculos tenían un

* Texto leído el 29 de marzo de 1995 en el Instituto Raúl Porras Barrenechea recordando el 75° aniversario del nacimiento del doctor Juan Bautista Ferro, en ceremonia organizada por la Universidad Nacional Mayor de San Marcos.

nuevo significado si él los comentaba. Una observación suya y de pronto la crónica que aparecía perdida en el último recuadro de un periódico adquiriría una dimensión trascendente. Atento como vivía al diario acontecer nacional ningún acontecimiento lo dejaba indiferente y ningún tema cotidiano le era ajeno porque, como él no cesara de repetirlo, vivía “siempre en guardia”.

Tenía su palabra el don de iluminar la realidad y, sin embargo, él se negaba a ponerla por escrito porque reconocía con una honestidad total que el camino por recorrer era largo e imposible de alcanzar: como hablar de una isla de la que apenas vemos la orilla, solía decirme. Y entonces se limitaba a escrutar la realidad cotidiana con una sensibilidad tan tremenda que llegaba a afectarse, y terminaba diciendo: “la inteligencia se paga”. Por este vivir intenso de su entorno, la vida junto a él no fue fácil, aunque con el tiempo sus reacciones vitales llegaron a ser enteramente previsibles. Tal vez porque si se trataba de tomar decisiones era enteramente fiel a sus principios, y si había aceptado un compromiso era capaz de empeñar su palabra hasta las últimas consecuencias, pasara lo que pasara. Con frecuencia solía repetirme: “mi firma me la pueden falsificar, mi palabra no”, y esa otra frase cuya procedencia ustedes seguramente no desconocen: “mi honor es mi lealtad”.

Por todas estas razones Juan Bautista vive todavía en el recuerdo de quienes lo conocieron, y allí, mientras ustedes lo recuerden, es difícil que muera. Con él ha muerto, sin embargo, una parte de nosotros, esa parte nuestra que vivía en él y que solía vibrar cuando era acogida y transportada a un universo inmensamente más rico que el nuestro.